

LA MUJER EN LA LITERATURA:
VOCES EN TIEMPO DE SILENCIO.
José Luis Herrero Ingelmo

DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER TRABAJADORA
SORIA 8 de Maro de 1996

Porque hay una historia que no está en la historia y que solo se puede rescatar
aguzando el oído y escuchando los susurros de las mujeres.
(Rosa Montero, *Historias de mujeres*)

INTRODUCCIÓN: UN LARGO TIEMPO DE SILENCIO.

A. LA MUJER COMO TEMA LITERARIO.

[A.1. Literatura medieval](#). Amor divino-amor humano: las canciones de amor. La doncella guerrera: un caso de 'travestismo' temprano. Melibea: una afirmación de amor.

[A.2. Los siglos de Oro](#). Un diálogo sobre las mujeres (Cristóbal de Castillejo). *La Perfecta Casada* y *Dulcinea*.

[A.3. Los siglos XVIII y XIX](#). Feijoo: el primer feminista. *El sí de la niñas*. Doña Inés de Ulloa y Ana Ozores, *La Regenta*: dos historias de una frustración.

[A.4. El siglo XX](#). F. García Lorca y las mujeres: Bernarda Alba y Adela, opresión y libertad (*La casa de Bernarda Alba*). Carmen Sotillo: el retrato de una mujer de los años 60 (*Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes).

B. LA MUJER COMO SUJETO LITERARIO.

[B.1. Una escritora heterodoxa](#): Safo de Lesbos.

[B.2. Teresa de Jesús](#): la fuerza de la vida y de la palabra.

[B.3. Siglo XIX](#): el comienzo de la aventura. Rosalía de Castro.

[B.4. Siglo XX](#): hacia la normalidad. Alfonsina Storni.

C. CUATRO MUJERES SORIANAS.

[C.1. Una monja singular](#): la venerable Sor María de Jesús de Ágreda.

[C.2. Casta Esteban](#): esposa de Bécquer.

[C.3. Leonor Izquierdo](#): esposa de Antonio Machado.

[C.4. Concha de Marco](#).

D. [¿EXISTE UNA LITERATURA FEMENINA?](#)

BIBLIOGRAFÍA

- Aguado, Ana M^a, *Textos para la historia de las mujeres en España*, Madrid, Cátedra, 1994.
- Aranguren, José Luis, *Erotismo y liberación de la mujer*, Barcelona, Ariel, 1982.
- Carmen Albacete et alii, *Cabellos largos e ideas cortas*, Madrid, Akal, 1993.
- Gándara, Consuelo de la, “La imagen de la mujer a través de la novela española contemporánea”, en M^a Ángeles Durán (ed.), *La mujer en el mundo contemporáneo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1981.
- Gascón Vera, Elena, *Un mito nuevo: La mujer como sujeto-objeto literario*, Madrid, Pliego, 1992.
- Hoppe, Else (ed.), *El hombre en la literatura de la mujer*, Madrid, Gredos, 1964.
- Jiménez M^a José y Encarnación Barranquero (eds.), *Estudios sobre la mujer: Marginación y desigualdad*, Málaga, Atenea, 1994.
- Madariaga, Salvador de, *Mujeres Españolas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- Montero, Rosa, *Historias de Mujeres*, Madrid, Alfaguara, 1995.
- Sagués, Maruxa, *La imagen de la mujer en las letras hispanoamericanas*, La Carolina (Jaén), 1975.
- VV.AA., *Historia 16. Historia de las mujeres*, Mayo, 1988.

OCHO VOCES DE MUJER

VOZ 1ª

CANCIÓN MOZÁRABE (SS. XI-XII)

Se va mi corazón de mí:
¡Oh, Señor! ¿me volverá?
¡Tanto me duele mi amigo!
Enfermo es: ¿cuándo sanará? (N.10)

VOZ 2ª

LA DONCELLA GUERRERA (Romance tradicional. Siglos XVI-XVII)

En Sevilla a un sevillano la desgracia le dio Dios:
de siete hijas que tuvo y ninguna fue varón.

*- No maldigas a mi madre, que a la guerra me iré yo;
me daréis las vuestras armas, vuestro caballo trotón.*

- No vayas hija, no vayas, que te van a conocer:
tienes el pelito largo y carita de mujer.

*- Si tengo el pelito largo, madre, me lo corte usted
y con el pelo cortado un varón pareceré.*

- Conocerante en los pechos que asoman bajo el jubón.

- Yo los apretaré, padre, al par de mi corazón.

- Conocerante en los ojos, que otros más lindos no son.

- Yo los revolveré, madre, como si fuese un traidor.

Al despedirse de todos se le olvida lo mejor.

- ¿Cómo me he de llamar, padre? – Don Martín el de Aragón.

En siete años de guerra, nadie la reconoció.

Pero el hijo del rey de sus ojos se prendó.

- Herido vengo, mi madre, amores me han de matar;
los ojos de D. Martín roban el alma al mirar.

- Convídala tú, mi hijo, a las tiendas a feriar;
si D. Martín es mujer, las galas ha de mirar.

D. Martín, como discreto, a mirar las armas va;

- ¡Qué rico puñal es este para poder guerrear!.

- Convídale tú, mi hijo, a los baños a nadar.
Todos se están desnudando, D. Martín muy triste está.

- *Cartas fueron venidas, cartas de grande pesar;
que se halla enfermo mí padre enfermo para finar.*

Y en esto yendo a caballo la espada se la cayó.
Por decir “maldito sea”, dijo “*maldita sea yo*”.

Óyela el hijo del rey, tras ella va a cabalgar .
- *Corre, corre hijo del rey, que no me habrás de alcanzar.*

- *Ábralas puertas, mi padre, ábrala de par en par,
que las armas y el caballo bien lo supe manejar-*

*Saque la rueca, mi madre, y péineme bien usted;
Que, si me gustó ser hombre, más me gusta ser mujer.*

VOZ 3ª

SAFO (S.VII a.C.)

y mientras ríes con amor... mi lengua queda rota, nada veo con mis ojos, me zumban los oídos... brota de mí el sudor, un temblor se apodera de mi toda, pálida cual la hierba me quedo y a punto de morir me veo a mí misma.

Y Eros sacudió mis sentidos como el viento que en los montes se abate sobre las encinas.

VOZ 4ª

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

Llegamos a el Burgo...Aquella noche tuvimos en una ilesia, que no hubo otra posada, y no se nos hizo mala. Otro día oímos allí misa, y llegamos a Soria como a las cinco de la tarde. Estaba el Obispo a una ventana de su casa, que pasamos por allí, de donde nos echó su bendición... Estaba aquella señora nuestra fundadora esperándonos a la puerta de su casa... No vimos la hora que entrar en ella, porque era mucha gente (*Libro de las Fundaciones*).

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida !
¡Qué duros estos destierros, esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida me causa dolor tan fiero
que muero porque no muero.

VOZ 5ª

ROSALÍA DE CASTRO.

Sed de amores tenía, y dejaste que la apagase en tu boca,
¡piadosa samaritana!
Y te encontraste sin honra, ignorando que hay labios que secan y que manchan cuanto tocan.

¡Lo ignorabas..., y ahora lo sabes! Pero yo sé también, pecadora compasiva, porque a veces hay compasiones traidoras que si el sediento volviese a implorar misericordia, su sed de nuevo apagaras, samaritana piadosa.

No volverá, te lo juro;
desde que una fuente enlodan con su pico esas aves de paso, se van a beber a otra (*En las orillas del Sar*).

VOZ 6ª

ALFONSINA STORNI (1892-1938)

Anduve en la vida preguntas haciendo. Muriendo de tedio, de tedio muriendo.
Rieron los hombres de mi desvarío... Es grande la tierra. Se ríen... Yo río...
Escuché palabra; ¡abundan palabras! Unas son alegres, otras son macabras.
No pude entenderlas; pedía a las estrellas lenguaje más claro, palabras más bellas.
Las dulces estrellas me dieron tu vida
y encontré en tus ojos la verdad perdida.

VOZ 7ª

SOR MARIA JESÚS DE AGREDA (1602-1665)

... sentí en mi interior una mudanza eficaz con abundantísima luz, que me llevaba y compelia fuerte y suavemente al conocimiento del ser de Dios, de su bondad, perfecciones, atributos y al desengaño de mi propia miseria; y estos objetos, que a un tiempo se ponían en mi entendimiento, me hacían varios efectos: el primero, llevándose todo mi atención y voluntad, y el segundo, aniquilándome y pegándome con el polvo, de manera que se deshacía mi ser y sentía dolor vehementísimo y contrición de mis graves pecados con firme propósito de la enmienda de renunciar cuanto al mundo tiene y levantarme sobre todo lo terreno al amor del Señor; en estos afectos quedaba desfallecida y el mayor dolor era consuelo y el morir vivir (*Mística ciudad de Dios*).

VOZ 8ª

CONCHA DE MARCO.

Hoy estoy tan alegre
como si el mar fuera mi propio cuerpo.
Pongo la mano sobre el pecho y le escucho cantar en continuas olas de armonía.
Esta mañana, a las siete,
vibraba silenciosa la luna allá en lo alto, y mi amigo, dormido,
soñaba en los pinares de niñez.
Y por qué tienen esos ojos y ese estatura y ese pelo
y esas manos y esa sonrisa y ese ser como eres,
que viviendo a tu lado
cuando por la calle te encuentro me parece un milagro.

Eres el árbol
a cuyo tronco se abraza esta yedra con más firmeza cuanto pasan años. Ternura de tus horas para conmigo.
¿Qué hice yo para merecer tanto?

LA MUJER EN LA LITERATURA:
VOCES EN TIEMPO DE SILENCIO.
José Luis Herrero.

INTRODUCCIÓN: UN LARGO TIEMPO DE SILENCIO.

Porque hay una historia que no está en la historia
y que sólo se puede rescatar aguzando el oído
y escuchando los susurros de las mujeres
(Rosa Montero, *Historias de mujeres*).

Así define Rosa Montero (conocida periodista, novelista y feminista cabal) el transitar de las mujeres a través de un camino hecho por y para los hombres.

El tema es, además de interesante y atractivo, muy amplio. Podría desarrollarlo con un exhaustivo catálogo de nombres y obras, pero perderíamos en *profundidad*. Viceversa: podría desarrollarlo reduciendo el estudio a dos o tres escritoras representativas, pero perderíamos en *amplitud*. Voy a seguir un camino intermedio: iré simultáneamente avanzando en la historia, pero deteniéndome en aquellos casos que sean, por variadas razones, interesantes para nosotros aquí y ahora. Ni que decir tiene que, por razones de tiempo y de oportunidad, me referiré fundamentalmente a la literatura española.

En los minutos que siguen vamos a intentar aguzar nuestro oído y escuchar no *susurros* -como decía Rosa Montero-, sino voces -y voces espléndidas- que a través de la palabra han roto de vez en cuando un largo tiempo de silencio y han reafirmado esa vida invisible, la vida de la mujer a lo largo de la historia:

la apasionada voz de la poetisa griega Safo (¡hace veintisiete siglos!), que cantó al amor de una manera heterodoxa,

la inocente voz de la muchacha enamorada mozárabe (¡hace más de ocho siglos!), que cuenta sus penas de amor a la madre confidente,

la voz transparente de Teresa de Ávila, que nos va a contar cómo fundó el convento de Soria,

la voz espaciosa de Sor María Jesús de Ágreda que pone en palabras sus experiencias místicas que tanto escándalo provocaron en su época,

la voz teñida de morriña de Rosalía de Castro...

Escucharemos la voz firme, clara de una *poetisa soriana*, *Concha de Marco*, en un hermoso poema de amor.

Podrían ser muchas más voces, pero nuestro tiempo es limitado.

No hay que ser muy despierto para reconocer que la historia ha sido hecha por los hombres: en el mejor de los casos, a espaldas de las mujeres, cuando no contra ellas (recordemos los infanticidios por sexo -nacer mujer era una desgracia para los campesinos-; o recordemos que el 80 % de las ejecuciones de la Inquisición eran ejecuciones de mujeres -la caza de brujas-). La mujer ha sido -y en muchos lugares del mundo sigue siendo- un grupo social marginado y alejado del poder.

La literatura está hecha también, fundamentalmente por hombres (aunque hemos citado y escucharemos algunas voces de mujeres), pero a veces a favor de las mujeres, o al menos considerando a la mujer como motor, como inspiración de la creación literaria, sobre todo poética: ahí están las *musas*, las que inspiraron a grandes poetas: Beatriz, que lleva de la mano a Dante para que contemple el cielo; Laura, protagonista de las *Rimas* de Petrarca; Isabel de Freyre, la dama portuguesa que inspiró algunos poemas de Garcilaso...

Dedicaremos nuestra atención a dos musas sorianas, Casta Esteban y Leonor Izquierdo, que contribuyeron -eso sí en muy desigual medida- a poblar dos mundos poéticos trascendentes en la historia literaria española: el de Gustavo Adolfo Bécquer y el de Antonio Machado.

Estas fueron mujeres de carne y hueso, pero también existieron *mujeres en la imaginación de los escritores*, a veces tan reales como la vida misma (o más). A algunas de estas también les dedicaremos más atención:

a *la doncella guerrera*: protagonista de un romance, que es todo un símbolo del disparate histórico de la separación de sexos;

a *Ana Ozores, la Regenta*, hija de la imaginación de un escritor -Clarín-, pero representante universal de la mujer frustrada, manipulada y rota por un mundo de pasiones chatas y vulgares en una ciudad provinciana cualquiera;

a *Carmen Sotillo*, heroína novelesca creada por Miguel Delibes en *Cinco horas con Mario*, resumen de otras frustración personal e histórica: la de muchas mujeres en los años sesenta.

Este va a ser el planteamiento de esta charla.

Con frecuencia, se le ha echado la culpa a la mujer de las *grandes catástrofes de la historia*.

En la mitología griega y en la religión cristiana, el comienzo de las desgracias de los hombres aparece ligado a la creación de la mujer: nuestro pecado original tuvo su origen en Eva (la Iglesia, después, compensó esa mala imagen con la función positiva de la Virgen María, madre del Salvador);

Pandora, en la Mitología griega, -primera mujer creada, como castigo para el hombre, por Zeus-, al abrir la caja donde su marido Prometeo había sometido y escondido todos los males causa también la desgracia: solo quedó, como es bien sabido, la esperanza.

Las mujeres bellas provocan guerras y muerte:

- la terrible Guerra de Troya (que enfrentó a griegos y troyanos) estalló por una bella mujer, Helena, esposa del rey griego Menelao, que se escapó con un príncipe troyano (Paris);

- en la Historia de España, la invasión de los árabes fue adjudicada, según la leyenda, al pecado del rey Rodrigo, último rey goda, que cayó en las redes carnales de la Cava, hija del conde del Estrecho, a orillas del Tajo, en Toledo... (En este hecho se inspiró Fray Luis para escribir su célebre poema "Profecía del Tajo"). Si en la Religión y en la Mitología no tuvo suerte la mujer, en la *Filosofía* tampoco le fue bien (los filósofos son los más llamados a la reflexión y al sentido común).

Para Aristóteles, la mujer era la oscuridad, la pasividad y el sentimiento frente al hombre que era la luz, la actividad y la inteligencia. Hay que recordar, sin embargo, que la maestra de Sócrates fue una mujer: Diotima.

Santo Tomás dudaba de su capacidad de pensar e incluso de que poseyera alma (en el siglo VI se celebró un Concilio -el de Magón- en el que planteó este tema).

Schopenhauer, mucho más cerca de nosotros, escribía: “Lo que hace a las mujeres particularmente aptas para cuidarnos y educarnos en la primera infancia es que ellas continúan siendo pueriles, fútiles y limitadas de inteligencia”.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que una mujer pasara a formar parte del selecto grupo de los filósofos: se llamaba Simone de Beauvoir y escribió un espléndido libro sobre la condición femenina titulado *El segundo sexo* (1949): en él, la escritora francesa defiende que el auténtico cambio se producirá cuando este mundo esté habitado no por hombres y mujeres, sino por seres humanos.

La religión, la mitología y la filosofía, como hemos visto, habían postergado a la mujer. Pero *la ciencia* también contribuyó al desaguado histórico: según Hipócrates y Galeno (pilares de la Medicina antigua) el cuerpo de la mujer es inferior al del hombre porque la “carne es más floja y la sangre más caliente”.

La red tejida contra la mujer se completaba. Ni siquiera al Cristianismo (en el Nuevo Testamento) contribuyó a mejorar la situación (exceptuando la exaltación de la Virgen María, madre del Salvador y antítesis de la Eva causadora del pecado original): al contrario, el Nuevo Testamento no cambiaba la imagen negativa de la mujer. San Pablo, en el ámbito de lo religioso, marcaba la sumisión al hombre: no podía hablar en público, no podía enseñar y escribir en nombre propio:

Porque no procede el hombre de la mujer, sino la mujer del hombre; ni tampoco fue creado el hombre para la mujer, sino la mujer para el hombre. Por eso la mujer lleva en la cabeza una señal de sujeción (1 Cor.11, 7-10).

A pesar de ello ha habido mujeres -excepciones, pero por ellos especialmente significativas- que han sobresalido y han triunfado: después nos ocuparemos de las escritoras, pero no estaría de más recordar a las mujeres guerreras (María Pérez, la Varona, en España; Juana de Arco, en Francia), mujeres políticas (Catalina la Grande, en Rusia) o mujeres científicas (Madame Curie, dos veces Premio Nobel).

El derecho al voto de la mujer -algo que hoy nos parece tan elemental- no se consigue en España hasta 1931¹. La última conferencia sobre la Mujer se ha celebrado en China en 1995. Son dos datos que simbolizan el camino de la normalización de lo que históricamente ha sido anormal: que la mujer es un ser humano igual -que no idéntico- al hombre. Algo que parece absolutamente razonable, pero que ha costado más de dos mil años en descubrir.

¹ Gracias a la labor de Clara Campoamor, diputada del Partido Radical. Recordemos también a Federica Monseny, ministra de Sanidad, la primer mujer ministra en Europa y a Victoria Kent, directora general de Prisiones. Otras feministas relevantes son Lidia Falcón (creador del Partido Feminista), Cristina Alberdi (actual ministra de Asuntos Sociales), Cristina Almeida (actual diputada por IU) y Carlota Bustelo (directora del Instituto de la Mujer). En el mundo del periodismo, hay que citar a Maruja Torres y a Rosa Montero.

A) LA MUJER COMO OBJETO EN LA LITERATURA.

A.1. LITERATURA MEDIEVAL.

Amor divino-amor humano: las canciones de amor. El hombre se siente en la Edad Media dividido por estos dos amores. La mujer que representa el primero es *María*. Hay toda una literatura mariana en los siglos medievales: los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo son un exponente de esa literatura; la Madre de Dios como mediadora, como auxilio de los pecadores.

En cuanto al amor humano tenemos que citar el *amor cortés*: en la Provenza, en lugares tranquilos, apartados de las guerras, surge entre la clase aristocrática un divertimento amoroso: como el marido de la dama pasa gran tiempo en la guerra lejana, ella necesita entretener su tiempo y su corazón. El trovador (una especie de poeta profesional) le hace el amor, reproduciendo el mismo esquema que regía las relaciones políticas sociales: el feudalismo. Incluso el poeta llama *señor* a su dama. El juego galante es aceptado sin mayores problemas por el marido.

Surge así la poesía culta medieval, que con el matiz italiano (*dolce stil novo*), va a llegar al Renacimiento: a la poesía de Petrarca que cantará a Laura y la convertirá ya para siempre en prototipo de amada en la poesía. Hay un proceso de platonización: la mujer se convierte en la *donna angelicata* que va a actuar de intermediaria entre el poeta y Dios.

En la poesía popular de la Edad Media, las primeras voces son voces de mujer, que cantan la ausencia del amado y tienen como confidente a su madre, o al río, o a los bosques... Son las jarchas de Al-Ándalus, las canciones de amigo en Galicia o los villancicos en Castilla.

VOZ 1ª

CANCIÓN MOZÁRABE (SS. XI-XII)

Se va mi corazón de mí:
¡Oh, Señor! ¿me volverá?
¡Tanto me duele mi amigo!
Enfermo es: ¿cuándo sanará? (N.10)

La mujer aparece en el Romancero (esa narrativa popular) como tema frecuente: a veces como adúltera (Romance de Catalina, una adúltera simpática), casi siempre como enamorada.

LA DONCELLA GUERRERA: UN CASO DE TRAVESTISMO TEMPRANO.

El romance de la Doncella Guerrera es curioso por su contenido, ambiguo. La historia es sencilla: un padre tiene siete hijas, pero ningún varón que puede “servir a la patria”, ir a la guerra. Una de las hijas toma la decisión de ir a la guerra, vestida de varón. El hijo del rey se enamora de él/ella y se crea una situación ambigua y comprometida. Al final, ella vuelve a su casa y renuncia al amor del hijo del Rey.

Escuchemos la voz de esa doncella.

En Sevilla a un sevillano la desgracia le dio Dios:
de siete hijas que tuvo y ninguna fue varón.

- *No maldigas a mi madre, que a la guerra me iré yo;
me daréis las vuestras armas, vuestro caballo trotón.*

- No vayas hija, no vayas, que te van a conocer:
tienes el pelito largo y carita de mujer.

- *Si tengo el pelito largo, madre, me lo corte usted
y con el pelo cortado un varón pareceré.*

- Conocerante en los pechos que asoman bajo el jubón.
- *Yo los apretaré, padre, al par de mi corazón.*

- Conocerante en los ojos, que otros más lindos no son.
- *Yo los revolveré, madre, como si fuese un traidor.*

Al despedirse de todos se le olvida lo mejor.
- *¿Cómo me he de llamar, padre?* – Don Martín el de Aragón.

En siete años de guerra, nadie la reconoció.
Pero el hijo del rey de sus ojos se prendó.

- Herido vengo, mi madre, amores me han de matar;
los ojos de D. Martín roban el alma al mirar.

- Convídala tú, mi hijo, a las tiendas a feriar;
si D. Martín es mujer, las galas ha de mirar.

D. Martín, como discreto, a mirar las armas va;
- ¡Qué rico puñal es este para poder guerrear!

- Convídale tú, mi hijo, a los baños a nadar".
Todos se están desnudando, D. Martín muy triste está.

- *Cartas fueron venidas, cartas de grande pesar;
que se halla enfermo mí padre enfermo para finar.*

Y en esto yendo a caballo la espada se la cayó.
Por decir "maldito sea", dijo "*maldita sea yo*".

Óyela el hijo del rey, tras ella va a cabalgar .
- *Corre, corre hijo del rey, que no me habrás de alcanzar.*

- *Ábralas puertas, mi padre, ábrala de par en par,
que las armas y el caballo bien lo supe manejar.*

*Saque la rueca, mi madre, y péineme bien usted;
que si me gustó ser hombre más me gusta ser mujer.*

La Edad Media se cierra con una mujer de ficción, pero de una hondura y valor increíbles: es Melibea, la enamorada de Calixto, que tarda en asumir el amor del joven, pero que una vez que ha tomado la decisión, la mantiene hasta la muerte: una muerte heroica, mientras que el atolondrado Calixto muere por un traspies, después de haber necesitado de una tercera para conseguir a su amada: la insuperable Celestina, una de las más geniales creaciones de la literatura española.

[VOLVER](#)

A.2. LOS SIGLOS DE ORO.

En el siglo XV se abre una polémica literaria sobre la valoración de la mujer: hay una literatura misógina (*El Corbacho* del Arcipreste de Talavera) y una literatura de alabanza (sobre todo la poesía de amor). Hay que citar un *Diálogo de Mujeres*, que recoge la doble tradición. Fue escrito a principios del XVI por un clérigo llamado Cristóbal de Castillejo: un interlocutor, Fileno, defiende a las mujeres; el otro, Alethio, las ataca porque la mujer es:

Arrogante, imperiosa, / Mandona, descomedida, / Temeraria de atrevida, / Impaciente, querelosa, / Robadora, / Pesada, revolvedora, / Ambiciosa y avarienta, / Vindictiva, sangrienta, / Sañuda, amenazadora, envidiosa / ... / Perezosa, deshonesta ...

Y así enhebra más de doscientos adjetivos.

El defensor, Fileno, dice que Alethio tiene mala opinión de las mujeres por culpa de una en concreto:

Mala forma de argüir / Es que por una medida / De esa mujer desabrida / Queráis, Alethio, medir / Las honradas, / Corteses y bien criadas, / Por el mundo repartidas, / Honestas y comedidas, / Continentes y templadas / Y discretas; / Y por pocas no peñetas / Pensáis condenar todas.

En cuanto al autor, por cierto, aunque no toma partido, llama al que odia a la mujeres *Alethio*, que en griego significado el *verdadero*.

Los libros más leídos por las mujeres en los siglos de Oro eran los pertenecientes a la llamada *literatura espiritual*, que contribuyeron a mantener la división de funciones entre hombres y mujeres, la honra o la importancia de la obediencia. Así fray Luis escribe *La perfecta casada*, una especie de manual de urbanismo y buenas maneras para la mujer destinada al matrimonio. En él dice el fraile agustino:

Y pues no las dotó Dios del ingenio que piden los negocios mayores, ni fueran las que son menester para la guerra y el campo, mídanse con lo que son y conténtese con lo que es de suerte, y *entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola.*

Parece mentira, pero podríamos oír a muchos machistas de nuestros días comentarios parecidos (aunque peor expresados). Obviamente, si esto pensaba una de las sensibilidades más excelentes del siglo XVI, cuál sería la opinión de la gente del pueblo. Está claro que fray Luis era un gran poeta, pero también era un hijo de su tiempo...

Y cierra estos siglos de Oro, Dulcinea: una mujer fea, pero que en la mente del bueno de Alonso Quijano se convierte en una dama bellísima, auténtico motor de todas aquellas acciones heroicas de su caballero. Era una maravillosa invención del trastornado cerebro de Don Quijote: sobre ella no se dirimían cuestiones de honor, como en las comedias de Lope o de Calderón. El caballero necesitaba una dama (¡qué importa que oliera a cerdos!) para que su inclinación a hacer el bien tuviera sentido.

[VOLVER](#)

A.3. LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

Se considera a Feijoo y a Jovellanos como los primeros *feministas*. El primero había escrito en su *Teatro Universal* (1726) un artículo titulado “Defensa de las mujeres”, en el que señala que la causa del menosprecio de la mujer está en los libros: “los hombres fueron los que escribieron esos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debajo...”.

Moratín, en su obra *El sí de las niñas* (1805), plantea el problema de la educación de las mujeres: la joven Paquita (educada en un convento) sale para desposarse por imperativo familiar con don Diego (un hombre maduro), pero ama en secreto a don Carlos, sobrino del anterior: la prudencia y buena fe de don Diego hace que los jóvenes enamorados salgan felices del lamentable asunto. Una solución civilizada, racional: en los siglos de Oro el asunto se hubiera dirimido a golpes de espada. Pero no está muy claro que Moratín defendiera a las mujeres, sino más bien el tipo de relaciones sociales civilizadas (había que evitar los duelos de honor).

Y el furor romántico tomó cuerpo en Don Juan Tenorio: para él la mujer no fue más que un pretexto para proclamar una hombría, quizás aparente (se ha hablado de un homosexualismo latente) : había que hacer creer a los demás que él era un hombre. Y doña Inés de Ulloa fue absolutamente fiel a sí misma... Es un personaje mucho más atractivo en lo que de humano tiene que el fanfarrón de don Juan.

Poco después, en las galerías aparece una joven obediente, casada con un hombre mucho mayor, protagonizará quizás la mejor novela del XIX. Ana Ozores (*La Regenta*). Es el modelo de la mujer insatisfecha. Un ambiente hostil, una ciudad asfíxica, un marido suficiente pero no apasionante -don Víctor Quintanar, veinte años mayor-, llenan o vacían el alma de Ana Ozores (pronto abandonó su afición a escribir: su tía se escandaliza cuando descubre esas aficiones y las interpreta como “cosa hombruna”). Su cuerpo es deseado por dos hombres lejanos y ajenos: don Fermín de Pas, el poderoso canónigo de la Catedral (director espiritual de un alma con debilidades místicas) y un donjuán provinciano -don Álvaro de Mesía- que la seduce oscuramente sin colmar sus anhelos de mujer desgraciada.

Clarín (1851-1921) la abandona (nos la oculta) al final de la larga novela, humillada en pleno desmayo por el repugnante beso de un repugnante sacristán -Celedonio-: “Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo” (son las últimas palabras de la novela).

[VOLVER](#)

A.4. EL SIGLO XX.

Lorca y las mujeres. El escritor granadino canta a los *outsiders*, a los desheredados: homosexuales, negros (*Poeta en Nueva York*), gitanos (*Romancero*) y a las mujeres, sobre todo en su teatro: Lorca crea un mundo dramático poblado de mujeres, en el que -a veces- el hombre no es más que sombra y culpable del desamor, del odio, del desencuentro. Lorca, desde su profunda sensibilidad, bucea en el alma femenina y la defiende en medio de un mundo basado en valores masculinos, un mundo en el que un concepto como la honra (que viene del teatro de los Siglos de Oro) no es más que una excusa para mantener un sistema de dominación en lo personal (hombre-mujer) y en lo social (ricos frente a desheredados) .

Yerma es una historia de desencuentros. El marido no puede darle un hijo, pero no se resigna como la Tía Tula de Unamuno (que sublima su maternidad en los sobrinos): ella quiere un ser de sus entrañas y esto desencadena la tragedia.

[VOLVER](#)

En *La casa de Bernarda Alba* se plantea el conflicto de la norma social (lo establecido) frente a la libertad del individuo (el derecho de las hijas a proclamar su sexualidad): el conflicto también desemboca en tragedia.

Y de un pueblo andaluz de los años veinte, nos vamos a una ciudad castellana de los años 60 (Valladolid).

Carmen Sotillo. En los años sesenta España avanza en el aspecto económico, aparece el consumismo, el turismo... aunque, como es bien sabido, en lo político se mantiene el sistema político salido de una cruenta guerra civil. Miguel Delibes, en su novela *Cinco Horas con Mario*, presta su voz a una mujer que, ante su marido muerto, hila un discurso en el que descubre sus frustraciones, durante cinco horas, ante un interlocutor que no puede responder, ante un hombre que había sido progresista, de izquierdas, que había defendido con sus palabras a los más oprimidos, pero que no había querido defender a un ser desvalido que tenía a su lado: Carmen, personaje llevado a las tablas por una genial actriz, Lola Herrera.

Creo que, a pesar del tiempo transcurrido, hoy muchas mujeres se verán retratadas en Carmen:

Y no es que me queje, entiéndelo bien, que peor están otras...pero me da rabia, la verdad, que te vayas sin reparar en mis desvelos, sin una palabra de agradecimiento como si todo esto fuese normal y corriente. Los hombres una vez que os echan las bendiciones a descansar, un seguro de fidelidad, como yo digo, claro que eso para vosotros no rige, os largáis de parranda cuando os apetece y sanseacabó, que las mujeres, de sobras lo sabes, somos unas románticas y unas tontas...

B. LAS MUJERES COMO SUJETO DE LA LITERATURA.

B.1. UNA ESCRITORA HETERODOXA: SAFO DE LESBOS.

Safo, la de la “sonrisa de miel” es quizás el primer caso de escritora heterodoxa, de las que se salen del molde, de las que van contra corriente.

Nació en la isla griega de Lesbos en torno al año 600 a.c. Pequeña y morena, según diversos testimonios, pertenecía a una familia noble, pero venida a menos. Tras un destierro en Asia, regresa a su tierra y forma una especie de Academia para la educación de muchachas acomodadas de la isla. Viven en un ambiente de lujo (fiestas, perfumes, flores...). Su casa es la “casa de las servidoras de las Musas”, una especie de escuela de filósofos, en versión femenina. Es su círculo: escribe poemas, fundamentalmente de amor, ama a las muchachas de su grupo...

De esos poemas dedicados a las muchachas que educaba, tiernos y apasionados, provienen el hecho de convertirse en prototipo de mujer homosexual (de ahí el nombre de *lesbianas* y las relaciones sexuales entre mujeres “sáficas”). Pero también canta al amor del hombre: se casó con Cércilas y tuvo una hija a la que dedicó un poema: “Tengo una preciosa niña, que a las flores de oro puede parangonar su belleza, mi muy amada Clesis”. Incluso se difundió una leyenda según la cual se suicidó lanzándose al mar desde un promontorio a causa de un hombre: Faón).

Son poemas cálidos, sensuales: por ejemplo, ante una muchacha que va a casarse, exclama:

VOZ 3ª

y mientras ríes con amor... mi lengua queda rota, nada veo con mis ojos, me zumban los oídos... brota de mí el sudor, un temblor se apodera de mi toda, pálida cual la hierba me quedo y a punto de morir me veo a mi misma.

Y Eros sacudió mis sentidos como el viento que en los montes se abate sobre las encinas.

No son muchas las escritoras que han hecho de lo erótico un elemento fundamental en su producción. Elegimos una extranjera, la francesa Anaïs Nin y una española, la madrileña Almudena Grandes.

Anaïs Nin (Paris, 1914-1977), novelista norteamericana, hija del pianista español Joaquín Nin. Autora de cuentos y novelas eróticas (en los que abordan temas atrevidos como el lesbianismo o el incesto): *Delta de Venus*. También se ha publicado parte de su correspondencia, en la que destaca su relación con otra gran representante de la literatura erótica norteamericana: Henry Miller.

Almudena Grandes (Madrid, 1960), vencedora el XI Premio de la colección la Sonrisa Vertical, con la novela *Las Edades de Lulú*, de la que se hizo una versión cinematográfica. Después *Malena es un nombre de tango* y acaba de publicarse *Modelos de mujer*.

[VOLVER](#)

B.2. TERESA DE JESÚS.

Su fuerza vital (a pesar de su frágil salud), su valor literario y su capacidad para reformar y crear conventos reformados -descalzos y descalzas- (ahora hay 400 conventos de varones y 730 de monjas) hacen de ella una personalidad atractiva tanto para creyentes como para no creyentes.

Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada nació en Ávila, a principios del siglo XVI, en el seno de una familia noble, pero humilde y numerosa (eran doce hermanos). Como es bien sabido, sus lecturas fueron las vidas de santos y los libros de caballerías. En su juventud, se enamoró de un primo mamado Diego de Mejía: fue un amor humano (lloró amargamente, mucho más tarde, su muerte), pero ella buscó otro amor, más profundo y más difícil: el amor de Dios.

Antes de los veinte, entró como carmelita en el convento de la Encarnación de Ávila. Con crisis de cuerpo (enfermedades) y de alma (dudas), sale fortalecida para emprender, ya en los 40, la reforma de su Orden (las Carmelitas Descalzas).

Aúna con un fervor increíble la actividad física (la fundación y dirección de los conventos) con la actividad contemplativa: esas uniones del alma con Dios, que algunos científicos -con buenas dosis de atrevimiento y de ingenuidad, no muy compatibles con la ciencia- identifican con ataques epilépticos (la noticia no es de hace mucho).

Y además fue escritora: por obligación, pero escritora. Sus confesores se dieron cuenta de que Teresa de Ávila era un caso especial y le animaron a que escribiera el *Libro de su vida*, el *Libro de las fundaciones* y le pidieron que contara sus arrebatos místicos (*Camino de Perfección* y *Las Moradas*). Uno de sus confesores fue san Juan de la Cruz (“mi frailecico”).

Ana de Bartolomé, monja compañera de la Santa, cuenta lo siguiente acerca de la relación entre ambos santos:

Desde que lo conocimos, decir que nos iba a predicar fray Juan de la Cruz era el mejor regalo que nos hacía. Con la Madre era muy gracioso lo que ocurría, pues como fundadora la tenía en mucha reverencia, pero como confesor la reprendía, y la Madre unas veces lo tomaba a risa, pero otras se enfadaba aunque siempre terminaba por obedecer.

Para escuchar su voz, he elegido dos textos: uno en prosa y otra en verso. El primero pertenece al *Libro de las Fundaciones*: en el Capítulo XXX, cuenta la fundación del Monasterio de la Santísima Trinidad en la ciudad de Soria. Se fundó el año 1571 (2 de Junio). A instancia del Obispo de Osma, el doctor Velázquez, que había confesado a la Santa en Toledo y con la aportación económica de doña Beatriz de Beamonte y Navarra (la casa con 500 ducados), llega a Soria desde Burgos con siete monjas y dos padres. El otro texto es parte del famosísimo poema en el que lamenta la vida que es muerte porque la muerte llevará al alma a la unión definitiva con Dios:

VOZ 4ª

Llegamos a el Burgo... Aquella noche tuvimos en una ilesia, que no hubo otra posada, y no se nos hizo mala. Otro día oímos allí misa, y llegamos a Soria como a las cinco de la tarde. Estaba el Obispo a una ventana de su casa, que pasamos por allí, de donde nos echó su bendición... Estaba aquella señora nuestra fundadora esperándonos a la puerta de su casa... No vimos la hora que entrar en ella, porque era mucha gente (*Libro de las Fundaciones*).

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

¡Ay ! ¡qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros, esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida me causa dolor tan fiero
que muero porque no muero.

Otra monja que alzó su voz en el siglo XVII fue la mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, poetisa que cantó al amor humano y al amor divino y autora de aquellos famosos versos “Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis”.

Otra mujer singular en el XVII fue María de Zayas y Sotomayor, gran lectora de libros y viajera por Europa que en 1637 publica *Novelas* amorosas, en las que denuncia la ignorancia femenina y en las que acusa al hombre de esta situación lamentable, reivindicando un mundo personal para la mujer.

[VOLVER](#)

B.3. SIGLO XIX: EL COMIENZO DE LA AVENTURA. ROSALÍA DE CASTRO.

Las ideas racionales del XVIII y la revolución industrial del XIX hacen que la mujer haya empezado a salir del túnel de la historia. En el siglo XVIII, accede la primera mujer a la Academia de la Lengua: es M^a Isidra de Guzmán (hija de los conde de Oñate).

Con el Romanticismo se afirma el individualismo y las cosas empiezan a cambiar, aunque muy lentamente. La mujer comienza a sumarse al mundo de la cultura (aunque sobre un fondo de incultura

generalizada de la población femenina), poco a poco: serán las mujeres atrevidas que defienden su lugar en la actividad intelectual. Con mucho miedo, eso sí (a veces hay seudónimos) y sometándose a críticas duras: la condesa de Pardo Bazán tenía fama de *hembra pedante* entre un círculo amplio de hombres misóginos en el mundo de la literatura.

La Ley Moyano que en 1857 impulsó la implantación de la enseñanza primaria obligatoria para todos los españoles entre los 6 y 9 años y la creación paralela de las Escuelas Normales de Maestras supusieron un notable avance en la educación en general, y en el acceso más amplio la mujer al mundo de la cultura (tendremos que esperar a 1918 para que surjan los Institutos de Enseñanza Media mixtos).

Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber, 1796-1877) publicó, entre otras novelas, *La Gaviota* (1849) que abre el periodo realista en España. Hija de un hispanista alemán y de una gaditana, nacida en Suiza estuvo casada en tres ocasiones (el último marido se suicidó), murió en Sevilla, donde había residido en los últimos años.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, poetisa cubana, admirada en los cenáculos literarios de Madrid, donde se le conocía como Tula.

Carolina Colorado (1823-1911), poetisa extremeña, que casó con un norteamericano y terminó sus días en Portugal, adonde se hizo acompañar del cadáver del esposo, con quien conversaba largamente y a quien llamaba "el silencioso".

La condesa de Pardo Bazán (1851-1921) es autora de algunas importantes novelas naturalistas (*La Tribuna: Marinela, fábrica de tabaco, mundo de mujeres, simpatía*). Además de su importancia como escritora, defendió la condición femenina. Así escribe: "No puede, en rigor, la educación actual de la mujer llamarse tal *educación*, sino *doma*, pues se propone por fin la obediencia, la pasividad y la sumisión" (*La educación del hombre y de la mujer. Sus relaciones y diferencias*). Defendía el acceso libre de la mujer a la enseñanza superior para la propia realización personal, y no solamente para ser mejores esposas y madres, como opinaban muchos.

Fue la primera mujer que accedió a una cátedra universitaria: la de Literatura Comparada (era especialista en literatura francesa y rusa) de la Universidad de Madrid (aunque ya en el XVI dos mujeres habían enseñado en el ámbito universitario: Beatriz Galindo y Lucía de Medrano).

Rosalía de Castro (Santiago de Compostela, 1837- Iria, 1885). Es la escritora más conocida (aunque quizá no muy leída, quizás por su bilingüismo) del siglo pasado: las canciones de Amancio Prada contribuyen a mantener el recuerdo de una gran poetisa que reposa a la sombra del gran Gustavo Adolfo Bécquer.

María Resalía Rita era alta, de pelo castaño, ojos oscuros, ancho rostro, pómulos abultados, boca grande. Enferma con frecuencia, luchando con la incompreensión de una sociedad que no entendía que las mujeres escribieran, dedicada a su hogar y sus hijos (siete), lejos de la vida pública, fue bautizada como hija de padres desconocidos: fue una sirvienta de su madre la que acudió al bautismo con la criatura (doña Teresa de Castro, que -soltera- vivía en Padrón: después irían ambas a vivir a Santiago).

Quizás el hecho de ser hija natural y el suicidio del que quizás fue su gran amor (el poeta Aurelio Aguirre) hacen que su poesía esté teñida de melancolía: el amor es presentado siempre como causa de sufrimiento, y no de felicidad. Se casó con Murguía, amigo de Aguirre, a pesar de que, al parecer, la poetisa tiene relaciones con un hombre casado de Padrón. En realidad, sabemos bastante poco de su biografía: su obra (*En las orillas del Sar, Follas novas, Cantares gallegos...*) es mucho más rica en datos.

Sed de amores tenía, y dejaste que la apagase en tu boca,
¡piadosa samaritana!
Y te encontraste sin honra, ignorando que hay labios que secan y que manchan cuanto tocan.

¡Lo ignorabas..., y ahora lo sabes! Pero yo sé también, pecadora compasiva, porque a veces
hay compasiones traidoras que si el sediento volviese a implorar misericordia,
su sed de nuevo apagaras, samaritana piadosa.

No volverá, te lo juro;
desde que una fuente enlodan con su pico esas aves de paso, se van a beber a otra (*En las orillas del Sar*).

[VOLVER](#)

B.4. SIGLO XX: HACIA LA NORMALIDAD. ALFONSINA STORNI.

A medida que avanza el siglo, va normalizándose paulatinamente. Aumenta el número de mujeres que participan activamente en la vida pública, en el mundo de la ciencia o en el ámbito de la cultura. Y con el aumento del número, aumenta también la calidad de sus obras.

Intelectuales: Zenobia Camprubí (a la que volveremos después), María Zambrano o María Moliner, autora de uno de nuestros mejores diccionarios de la lengua española: el *Diccionario de uso de la lengua española*, un trabajo extraordinario de lexicografía.

Novela: Elena Fortún (Celia), Carmen de Burgos (la George Sand española; seudónimo de Colombine), Rosa Chacel... Carmen Laforet, Ana María Matute, Elena Quiroga, Mercedes Salisachs, Elena Soriano, Carmen Martín Gaité- Adelaida García Morales (El Sur), Marina Mayoral. Soledad Puértolas. Rosa Montero (*Amado amo* -1988-, *Crónica de desamor*, *Te trataré como a una reina*). Ángeles Caso (finalista del Planeta del 1994, *El peso de las sombras*).

Poesía: Concha Zardoya. Pilar Valderrama (*Guiomar*). Carmen Conde. Ángela Figuera. Gloria Fuertes. Pureza Canela. Blanca Andreu. Clara Janés.

En *Quién es quién en poesía. Índice alfabético de Poetas*, Asociación Prometeo de Poesía, Madrid, 1985, se recogen los nombres de 452 poetas, de los cuales 52 son mujeres (11.5 %).

En la antología *Poesía Española Contemporánea (39-90)*, ed. de Fanny Rubio y J.L. Falcó, se recogen poemas de 89 autores, de los cuales 4 son poetas (Fea. Aguirre -Alicante, 1930-, Ángela Figuera -Bilbao, 1902-, Gloria Fuertes -M., 1918-, y Carmen Conde -Murcia, 1907-).

La participación de las escritoras en el mundo del teatro es escasa: hay que citar a Ana Diosdado, que fue conocida gracias a la serie de televisión titulada *Anillos para una dama*. Pero hay que citar a María Lejárraga (1874), mujer del dramaturgo Gregorio Martínez que, además de ser una feminista militante, protagoniza uno de los asuntos más curiosos de la Literatura del XX: ella escribía las obras que firmaba su marido. El amor tiene estas ataduras: el marido pagó ese tremendo acto de sumisión liándose con una actriz joven (Catalina Bárcena) de la que tuvo un hijo.

[Un caso paralelo es el de Zenobia Camprubí (traductora de Tagore), esposa de Juan Ramón Jiménez, la cual ofreció la mejor de su vida a un gran poeta, pero a la vez a un gran enfermo,

hipocondríaco y egocéntrico, que construyó una gran obra poética (mereció el Nobel del 1956), pero que hizo tremendamente infeliz al ser humano que tenía más cerca.]

En la lista de libros más vendidos de la semana pasada figuran, entre los diez primeros, sólo uno, entre los de ficción, escrito por una mujer (la novela *Donde el corazón te lleve* de Susanna Tamaro, absolutamente recomendable). También entre los de "no ficción" sólo hay uno: el recomendado en la Bibliografía: *Historia de Mujeres*, de Rosa Montero. Una libro muy vendido en los últimos días es el titulado *Madres e hijas*, ed. por Laura Freixas.

Los lectores son 38 % hombres y 43 % mujeres.

En los años finales del Modernismo y en los primeros de la Vanguardia surge en la poesía latinoamericana un grupo importante de poetisas: las uruguayas Juana de Ibarburu y Delmira Agustini, la chilena Gabriela Mistral-Premio Nobel del 45- y la que nos va a ocupar en los próximos minutos, la argentina (nacida en Italia) Alfonsina Storni.

Nacida en el Tesino en 1892, ejerce como maestra en Buenos Aires y en 1916 publica su primer libro de versos, *La inquietud del rosal*, al que siguieron entre otros, *Languidez* y *Mundo de siete pozos*. Ha sido llamada "la más fuerte de nuestros poetas de amor, por su voz apasionada, delicada y sensual". Murió, sumergiéndose en el mar, el año 1938. Esa final trágico contribuyó a acrecentar su fama: hay una hermosa canción que interpretan varios cantautores sudamericanos, titulado *Alfonsina y el mar*, que es todo un canto y un homenaje a esta mujer singular:

Por la blanda arena que lame el mar
tu pequeña huella no vuelve más.
Y un camino solo de pena y silencio llegó
hasta el agua profunda.

En su poesía hay amor, desilusión y muerte. El tormento fundamental de Alfonsina está en la consciencia de que el curso de los acontecimientos humanos no puede ser alterado de manera alguna: ni siquiera el sueño es una evasión válida. Hay un divorcio absoluto entre la realidad y el sueño: de ahí surge el desengaño. Y el último refugio es la muerte.

VOZ 6ª

Anduve en la vida preguntas haciendo, Muriendo de tedio, de tedio muriendo.
Rieron los hombres de mi desvarío... Es grande la tierra. Se ríen... Yo río...
Escuché palabra; ¡abundan palabras! Unas son alegres, otras son macabras.
No pude entenderlas; pedía a las estrellas lenguaje más claro, palabras más bellas.
Las dulces estrellas me dieron tu vida
y encontré en tus ojos la verdad perdida.

[VOLVER](#)

C. CUATRO MUJERES SORIANAS.

Soria tiene una relación un tanto especial con la Literatura. Es bien sabido que Bécquer estuvo casado con una soriana y que algunas de sus Leyendas se desarrollan en estas tierras. Más tarde, dos profesores-poetas convertirán a Soria en materia poética: Antonio Machado y Gerardo Diego (ahora se celebra el centenario de su nacimiento).

C.1. SOR MARÍA JESÚS DE ÁGREDA.

Comenzamos, tres siglos antes, con Sor María de Ágreda, una de las personalidades más extrañas y atractivas (incluso misteriosas) que nuestra historia literaria nos ha dejado. Porque es misterioso que sin salir de su pueblo, prácticamente de su casa, tuviera un conocimiento tan profundo de la condición humana e influyera tanto en la vida política del momento (como consejera de Felipe IV) y en la vida religiosa de los siglos siguientes (como autora de la biografía de la Virgen).

Nació, vivió y murió en Ágreda, sin haber salido de los términos de la villa (aunque la Inquisición sospechaba que viajó al otro lado del Océano para evangelizar en Méjico). Sus padres eran muy religiosos y tenían estrechas relaciones con los franciscanos del convento de San Julián. Ellos pensaban que María era "insensata e inútil". La madre, doña Catalina, como consecuencia de una revelación, transformó su propia casa en convento (de la Concepción) e ingresó -junto con sus hijas- en él. El padre y los hermanos ingresaron en la Orden de San Francisco. Sor María tenía 16 años y, poco más tarde, comienzan sus experiencias místicas:

VOZ 7ª

... sentí en mi interior una mudanza eficaz con abundantísima luz, que me llevaba y compelia fuerte y suavemente al conocimiento del ser de Dios, de su bondad, perfecciones, atributos y al desengaño de mi propia miseria; y estos objetos, que a un tiempo se ponían en mi entendimiento, me hacían varios efectos: el primero, llevándose todo mi atención y voluntad, y el segundo, aniquilándome y pegándome con el polvo, de manera que se deshacía mi ser y sentía dolor vehementísimo y contrición de mis graves pecados con firme propósito de la enmienda de renunciar cuanto al mundo tiene y levantarme sobre todo lo terreno al amor del Señor; en estos afectos quedaba desfallecida y el mayor dolor era consuelo y el morir vivir (*Mística ciudad de Dios*).

Abadesa a los 25 años, hizo construir un nuevo convento en las afueras de la villa. En 1643, Felipe IV se detiene en Ágreda, visita a la monja y comienza un largo intercambio epistolar (se han publicado más de 600 cartas). María Coronel y Arana moría en 1665.

[VOLVER](#)

C.2. CASTA ESTEBAN: ESPOSA DE BÉCQUER.

Casta Esteban Navarro, nacida en Torrubia del Campo en 1841, era hija del médico que había curado Gustavo Adolfo Bécquer de una grave enfermedad: el doctor Francisco Esteban. La había conocido en 1860 y se casan precipitadamente al año siguiente (quizás como consecuencia del fracaso amoroso con Julia Espín -también de origen soriano-, hija del director de coros del Teatro Real). La boda se celebra en la parroquia de San Sebastián de Madrid.

Según diversos testimonios, Casta era bonita y tenía una voz agradable. Pero no parece que tuviera ni la formación cultural (alguna carta publicada así lo demuestra), ni la suficiente sensibilidad como para poder vivir una vida normal con el poeta (hay algún testimonio de que se quejaba de "exceso de poesía de escasez de cocido"). Le escribió una rima bastante convencional: *A Casta* (octava italiana, que ni siquiera incluyó en la primera edición de sus *Rimas*).

Tú prestas nueva vida y esperanza
a un corazón para el amor ya muerto;
tú creces de mi vida en el desierto
como crece en el páramo la flor (vv. 5-8).

Vivieron a temporadas en Noviercas (donde tenía una casa los padres de Casta), en Pozalmuro (donde tenía Bécquer una casa con un pequeño huerto) y en Veruela (de allí saldrían las *Cartas desde mi*

celda). Tuvieron tres hijos: Gregorio Gustavo, Jorge Luis y Emilio Eusebio: el nacimiento del último provocó al parecer la ruptura del matrimonio (Casta no era muy querida por Valeriano, el hermano mayor de Gustavo). Se rumoreaba en el pueblo que el padre del hijo era un antiguo novio de Casta, jugador y aventurero, apodado *El Rubio* (Hilarión Borobia). El poeta, su hermano y sus hijos se refugiaron en casa la casa soriana del tío Francisco. Se dice que ese drama de Noviercas está reflejado en los famosos versos “Cuando me lo contaron sentí el frío / de un hoja de acero en las entrañas”.

Solo tres meses antes de morir (a los 34 años), Casta va a encontrarse con el poeta a Madrid, en el piso de la calle Claudio Coello. El poeta, a pesar de la separación, siempre guardó cariño por su esposa. Como certera y discretamente ha dicho un crítico: “las heridas de su honra no hicieron desaparecer ni su sentido ni su ternura para con su mujer”.

[VOLVER](#)

C.3. LEONOR IZQUIERDO.

Leonor Izquierdo tiene una presencia fundamental en la poesía de Antonio Machado. Los mejores poemas a ella están dirigidos, desde Baeza -en su Andalucía-. Ella está ya en el cementerio soriano de El Espino, pero él rememora su figura allá arriba, en el alto llano numantino:

¿No ves, Leonor, los álamos del río con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame tu mano y paseemos.

Antonio conoció a una Leonor de trece años (él tenía treinta y cuatro). Como es bien sabido, el poeta era huésped en la casa de los padres de Leonor (D. Ceferino Izquierdo y Doña Antonia Cuevas), primero en la calle del Instituto (esquina del Collado), después en la calle Estudios (junto a la plaza de Teatinos). Corría el año 1907 y D. Antonio había conseguido una cátedra de francés en el Instituto General y Técnico. Venía del gran Paris y quería hacer carrera literaria en Madrid: Soria era un sitio de paso, pero en ella quedó buena parte de su vida.

Quizás el tranquilo transcurrir de la vida provinciana, quizás su soledad (tenía pocos, pero buenos, amigos) hicieron que fijara su mirada en ella: “tu voz de niña en mi oído / como una campana nueva”. Y ante el escándalo de toda la ciudad, dos años después contraen matrimonio: era el 30 de Julio de 1909 en la Iglesia de la Mayor: “la novia... lució elegantísimo traje de seda negro, cubriendo su hermosa cabeza con el clásico velo blanco, prendido elegantemente y adornado con un ramo de azahar”. Así describía un periódico local (*El Avisador Numantino*) la indumentaria de Leonor.

Después, el viaje a Paris, el primer ataque de hemoptisis, síntoma de la tuberculosis que la llevaría a la tumba el 1 de agosto de 1912: tenía sólo dieciocho años. En un momento de leve mejoría en la enfermedad, escribió el poeta el famoso poema que concluye: “Mi corazón espera / también, hacia la luz, hacia la vida, / otro milagro de la primavera”. Pero el milagro no llegó.

Una noche de verano
-estaba abierto el balcón y la puerta de mi casa-
la muerte en mi casa entró. Se fue acercando a su lecho
-ni siquiera me miró-
con unos dedos muy fino, algo muy tenue rompió.
Silenciosa y sin mirarme, la muerte otra vez pasó
delante de mí. ¿Qué has hecho? La muerte no respondió.
Mi niña quedó tranquila, dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto era un hilo entre los dos.

Antonio se fue deshabitado y roto. Se fue al Sur, a su tierra, a recordar a la esposa soriana: “Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería. Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar. Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía. Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar”.

[VOLVER](#)

C.4. CONCHA DE MARCO.

Entre las poetisas sorianas cabe citar a María Eugenio Rincón, profesora de Literatura en Valencia y autora de varios libros; a Cerman Heras y a Flor Ortíz. Pero hemos elegido a Concha de Marco como voz poética de la mujer soriana.

Nació en Soria el 23 de mayo de 1916. Después de vivir su infancia y adolescencia en Figueras (Gerona), estudia en Madrid C. Naturales. Tradujo libros de arte, escribe algunos cuentos y ensayos (*La mujer española del romanticismo*). Ha sido profesora de la Universidad de Puerto Rico. Mujer de Juan Antonio Gaya (nacido en Tardelcuende), autor del famoso *Santero de San Saturio* (1953).

Su primer libro se titula *Hora 0.5* y apareció en 1966. Después se publican *Diario de la mañana*, *Acta de Identificación* y *Congreso en Maldoror*. En 1972 publica *Tarot*, libro compuesto por 22 poemas, que corresponden a las 22 cartas de ese juego de adivinación del porvenir (invento del diablo según algunos). Entre ellas, con un nivel muy aceptable, destaca en mi opinión el titulado “Los amantes” que no me resisto a leerles a ustedes.

VOZ 8ª CONCHA DE MARCO.

Hoy estoy tan alegre
como si el mar fuera mi propio cuerpo.
Pongo la mano sobre el pecho y le escucho cantar en continuas olas de armonía.
Esta mañana, a las siete,
vibraba silenciosa la luna allá en lo alto, y mi amigo, dormido,
soñaba en los pinares de niñez.
Y por qué tienen esos ojos y ese estatura y ese pelo
y esas manos y esa sonrisa y ese ser como eres,
que viviendo a tu lado
cuando por la calle te encuentro me parece un milagro.

Eres el árbol
a cuyo tronco se abraza esta yedra con más firmeza cuanto pasan años. Ternura de tus horas para
conmigo.
¿Qué hice yo para merecer tanto?

Es, como hemos oído, una poesía sencilla, con un ritmo sostenido, pero con esa transparente hondura del sentimiento: sin apenas artificios (alguna imagen, alguna repetición y poco más).

[VOLVER](#)

D. ¿EXISTE UNA LITERATURA FEMENINA?

Es un aspecto controvertido del tema. Muchos críticos (entre los que se encuentran algunas feministas) defienden que la literatura escritas por mujeres se diferencia de la de los hombres por sus temas (más sentimentales, más tiernos) y por su tratamiento (más psicológico, más íntimo).

Pienso que es otro tópico más sobre el asunto que nos ocupa. Creo (creemos muchos) que la literatura es buena o mala, no masculina ni femenina. Que lo que hay detrás de una buena novela o de un buen poema es un ser humano con todas las circunstancias personales (carácter, sexo, raza,

educación, etc.) que varían de uno a otro. Que hasta ahora la mujer no haya tenido un acceso normal al mundo de la cultura, de la educación o de la política no significa que esté peor dotada para esas actividades que el hombre.

Si abriamos nuestra charla con una cita de Rosa Montero, vamos a cerrarla con otra: “Las aguas del olvido están llenas de náufragas y basta con embarcarse para empezar a verlas” (op.cit., p.133).

Confío en que en estos minutos que hemos estado oyendo las voces de las mujeres en este viaje por la Literatura las hayamos rescatado del injusto olvido.

Pero confío, sobre todo, en que dentro de un tiempo no haya náufragas a las que rescatar, que no sean necesarias charlas que hablen sobre este tema, porque será una señal esperanzadora: la de que la historia de los hombres y la de las mujeres sea la misma historia en un mundo justo y solidario. Que así sea.